

Plumas blancas

Manon Steffan Ros

Ilustraciones de
Toni Galmés



Traducción de Paula López Herrera

Capítulo 1

Nunca pensé que tendría una historia que contar.

No hay libros sobre gente como yo. No soy el tipo que protagoniza las historias. Conozco a algunos que sí lo hacen, los populares del colegio, los que siempre tienen un montón de gente con quien quedar y a quienes el profesorado adora. Suelen ser los que viven en los pueblos o en la zona pija de la ciudad, allá arriba, en la colina. Mi amigo Kieran es un poco así. Podrías imaginarte perfectamente que alguien escribiera un libro sobre él.

Pero yo soy normal y corriente. Del montón. No soy ni el más ni el menos popular de mi

clase, y no destaco en lengua ni en fútbol ni en nada, la verdad. Vivo con mi padre en la ciudad y soy de esas personas de las que los demás suelen olvidarse. No lo hacen con mala intención; supongo que simplemente soy invisible. Tengo suerte de que Kieran esté feliz de ser mi amigo, porque creo que esa es la única forma en que la gente me recuerda: Huw, el amigo de Kieran.

Pero *sí* que tengo una historia, y voy a contártela. No voy a fingir que soy popular o rico solo para caerte bien. Voy a contarte la verdad, tal y como pasó.

* * *

—¡Hola, soy yo!

Empujé la puerta de la entrada y me quité las zapatillas de una patada. La casa de mi abuela olía de maravilla: a bizcocho, a productos de limpieza y a ventanas abiertas. En la cocina del fondo sonaba la música a todo volumen. Estaba escuchando a ABBA otra vez.

Mi abuela vivía en la calle Mayor, junto a una tienda de informática y frente a un restaurante chino de comida para llevar. Su casa había sido una tienda de ultramarinos mucho antes

de que yo naciera. En la pared del salón colgaba una foto en blanco y negro de cómo era entonces, con las estanterías repletas de comida, jabones y cigarrillos.

—¡Pasa! —gritó mi abuela, como hacía todas las tardes.

Probablemente ya te estés imaginando cómo es mi abuela. La mayoría de las abuelas de los libros, las películas y los videojuegos suelen parecerse: pelo blanco o gris, corto, rizado, con ese aire de otra época; por norma, bajitas y casi siempre con vestidos o faldas. Pero la mía no era así, ni de lejos. Era alta, tenía el pelo largo y ondulado, teñido de castaño oscuro; llevaba vaqueros, zapatillas molonas y anillos en prácticamente todos los dedos. Su casa no se parecía en nada a las de los abuelos de mis amigos. La suya estaba repleta de plantas, con docenas de fotos y cuadros en las paredes, y lámparas de colores repartidas por todas partes.

Entré en la cocina y le sonreí a mi abuela, que estaba en plena faena cortándome un trozo de un enorme pastel recién hecho.

—¡He pensado que deberíamos celebrar algo!

—¿Celebrar el qué? —pregunté, desconcertado.

Mi abuela soltó una risita.

–No lo sé. ¿Que es viernes, quizá?

–¡Genial! –dije, sonriendo, mientras me sentaba a la mesa y cogía el plato. El trozo de pastel era casi tan grande como mi cabeza–. Tiene una pinta increíble.

–Le he puesto mantequilla de cacahuete en lugar de mermelada –añadió, al tiempo que se cortaba una porción bien generosa. A mí me encantaba la crema de cacahuete–. ¿Qué tal el cole?

–Bien. Pero sigo sin entender las divisiones largas.

–¡Bah! –bufó, negando con la cabeza y haciendo una mueca con la boca llena de pastel–. ¡Menuda pérdida de tiempo! ¿Qué sentido tiene aprender todo eso si ya existen las calculadoras? –¿Ves a lo que me refiero cuando digo que mi abuela era un poco distinta?–. ¡Es absurdo! –continuó–. Te enseñan un montón de cosas que no vas a usar en la vida, pero nadie te explica cómo pagar una factura o cómo cocinar un buen plato de pasta.

Había escuchado aquello muchísimas veces y nunca me cansaba. Siempre era divertido cuando mi abuela se venía arriba con sus

sermones. Lo siguiente que diría era que en los colegios se deberían dar clases de bondad.

–Lo que tendrían que enseñaros son lecciones sobre la bondad –afirmó, clavando el tenedor en su trozo de pastel, pero negando con un movimiento de cabeza–. Cómo exponer tu parecer a los demás sin acabar discutiendo, ese tipo de cosas. El mundo sería mucho mejor si existiera un título de secundaria en bondad.

Asentí, aunque me imaginaba lo difícil que sería encontrar a alguien dispuesto a impartir esa clase.

–¡Mira, abuela! ¡Percy ha vuelto!

Mi abuela se volvió, encantada, para ver a la tórtola posada en el alféizar de la ventana de la cocina. Percy llevaba más de un año yendo a verla y ella lo adoraba. A veces Percy iba con su compañera, Petra, y se sentaban juntos en el jardín, arrullándose, mientras mi abuela les preparaba algo de comer.

Enseguida desmigó lo que quedaba de su trozo de pastel y salió al jardín. Percy se alejó volando hasta una distancia prudente mientras ella esparcía las migas sobre el alféizar. Luego se apartó un poco, esperando a que Percy regresara y empezara a picotearlas felizmente. La vi sonreír.

Le encantaban los pájaros. Y parecía que ellos también la adoraban, como si supieran que con ella estaban a salvo. Me había contado mil veces que su padre criaba palomas mensajeras y que tenía una voz característica que usaba solo con las aves. Era una voz suave y amable, aunque su tono habitual fuera duro y seco, incluso con sus propios hijos. Siempre llevaba los bolsillos llenos de galletas de pasas para los pájaros, y eso que a mi abuela y a su hermano les decía que aquello era un lujo y un derroche. Por las historias que había oído, mi bisabuelo no debía de ser un hombre especialmente agradable, pero, sin duda, le había contagiado a mi abuela su profundo amor por las aves.

A veces su padre la regañaba por darles de comer todo el tiempo.

—¡Vas a atraer a las ratas otra vez! ¡También les encantan el pastel, el pan y los frutos secos, mamá! —, pero mi abuela no iba a dejar que unos cuantos roedores le aguaran la fiesta. Cuando miraba a los pájaros, parecía que su mente viajaba a lugares lejanos, como si no estuviera del todo aquí. Me encantaba cómo se le suavizaba la cara entonces, cómo sus ojos parecían no enfocar nada en concreto.



Me quedé junto a la mesa de la cocina saboreando el último trozo de pastel. Estaba realmente delicioso. ABBA seguía sonando de fondo; Percy devoraba su pastel fuera, bajo el sol, y yo no tenía colegio durante seis largas semanas. La vida parecía prácticamente perfecta.

Cuando mi abuela volvió a entrar, tenía el rostro radiante: parecía brillar de felicidad. ¡Todo por un simple pájaro hambriento! Dejó su plato vacío en el fregadero y se giró hacia mí con una sonrisa.

Lo raro fue que parecía sorprendida de verme.

–¡Oh, Johnny! ¡Qué alegría verte! –me saludó, inclinándose para abrazarme.

Y fue justo entonces cuando supe que mi abuela no estaba bien.

Porque yo no soy Johnny. Soy Huw. Johnny era el hermano de mi abuela, que, según me contó, murió hace unos ochenta años, durante la Segunda Guerra Mundial.